

# LA CONCEPCION RACISTA DEL MUNDO

Por MARIO ALZAMORA VALDEZ,

*Profesor de Filosofía de la Universidad Católica del Perú*

“Aquel que identifica, en una confusión pan-teísta, a Dios y el universo, rebajando a Dios a las dimensiones del mundo o elevando las del mundo a las de Dios, ese no cree en él.

“Aquel que siguiendo una pretenciosa concepción precristiana de los antiguos alemanes sustituye al Dios personal por el vago e impersonal destino, niega de hecho la sabiduría y la providencia de Dios que “fuerte y suavemente actúa de una a otra extremidad del mundo” (Sab. VIII 1) y gobierna todas las cosas: aquel, decimos, no puede intentar que su nombre figure “entre los que creen en Dios”.

S. S. Pío XI. — Encíclica *Mit Brennender Sorge*.

El nacional socialismo no sólo es una ideología política. Significa algo más, según expresión del propio Hitler: “una teoría del mundo” (1) que hunde sus raíces en las más oscuras profundidades del espíritu germano; de ese espíritu que se revela a través de las más dispares y desconcertantes manifestaciones: misticismo ingenuo y poético unido a una violencia tremenda, imaginación grandiosa junto con un temor que pone límite a sus manifestaciones y anarquía intelectual que contrasta con esa tendencia al orden y al equilibrio.

El maestro Eckehardt, místico del siglo XIII, Lutero, subjetivista y enemigo de la razón, Nietzsche, envuelto en la atmósfera de sus propias contradicciones, H. S. Chamberlain, autor de “Los

---

(1).—Hitler. “Mi lucha”.

fundamentos del Siglo XIX" que abre camino a la obra "El Mito del Siglo XX" de Rosenberg, el teórico de la "Weltanschauung" del nazismo, simbolizan esa actitud muchas veces intraducible en palabras, porque está más allá de toda comprensión intelectual. En ellos se inspira la concepción racista del mundo.

Según Eckehardt, se estrechan en un íntimo abrazo las esencias de Dios y del mundo. Dios da a las cosas su propio ser, "no hay nada tan uno y tan indiviso como Dios y lo creado" y el místico se siente "en el fondo de su alma" unido a Dios que anula toda distinción por ternura y por amor a sus criaturas, que no encuentran satisfacción mientras reina la multiplicidad y el contraste. Donde hay dos hay dolor —ha escrito Eckehardt, auténtico representante del alma germana— porque el uno no es el otro; la unidad divina reúne todas las cosas en amoroso abrazo dentro de esa "anchura sin anchura" en ese ahora que comprende "la plenitud del tiempo", eterno verdear y florecer en el que nada se "cansa ni envejece".

"En Dios no hay nó" exclama Eckehardt; "quítale el nó de todas las criaturas, agrega, y todas las criaturas son una sola cosa". El proceso de la creación se realiza porque Dios tiene por esencia el devenir, "es un río que corre hacia sí mismo" o como lo había dicho el Pseudo-Dionisio "un río vivo que mana de sí mismo". De la divinidad quedan excluidos, según el místico alemán, el movimiento y su fin, la tendencia y su realización. Ella es "devenir sin devenir", vive su propio fondo y mana de sí misma, "obra sin por qué y no tiene por qué de la misma manera que el justo obra sin por qué". "Si alguien estuviere preguntando a la vida mil años ¿por qué vives?, y ella le pudiese responder, no diría sino: vivo porque vivo... vive porque se vive a sí misma".

El maestro Eckehardt, tan lleno de poesía, como Plotino, pero sin esa fuga oriental hacia la nada, ha divinizado el eterno proceso de la vida dentro del cual se borran los perfiles del hombre que necesita tanto de la conciencia de su existir. El mundo de las cosas creadas pertenece a la esencia de Dios, y en ella se revela a sí mismo. El alma desaparece en ese "mar sin fondo", en ese "desierto de la divinidad". "Dios no puede devenir sin el alma" escribe el místico con soberbia y desesperación; mas aún: "yo soy la causa de

que Dios exista" o como dijo Angelus Silesius: "Yo sé que sin mi Dios no puede vivir un momento; si yo me anonado, El entregaria su espíritu de dolor".

Tal es también el sentido de la mística de Jacobo Böhme, y de la filosofía romántica alemana desde Fichte hasta Hegel, pasando por Schelling y Schopenhauer: anulada la oposición entre los contrarios, la vida, el devenir, explica la esencia del mundo, tan acorde con esa alma "que siempre habría sido hegeliana así nunca hubiera existido Hegel".

En Nietzsche el canto a la vida eleva sus más altas notas. Su elucencia, su deseo de victoria y su entrega absoluta, le hacen un apasionado defensor de aquello que es irreductible a regla y a ley alguna. La vida, "voluntad de poderio" escapa a toda trascendencia, vuelve sobre sí misma en "eterno retorno" y es fundamento de todos los valores que deben armonizar con ella. Para el hombre es ese juego peligroso que rompe los moldes de creencias, de ideas y de prejuicios, sin ninguna preocupación por el mañana.

Apologista del irracionalismo, Nietzsche, se convierte en apasionado cantor del alma dionisiaca opuesta a la equilibrada actitud apolínea y precisamente apela "a la raíz dionisiaca del espíritu alemán" para renovar las formas de la cultura.

Alfredo Rosenberg es, en nuestro tiempo, el profeta de esta misma fé. Con erudición muy germana, busca en todas las civilizaciones arias los aspectos religiosos originales de su raza. El misticismo de Eckehardt, la concepción romántica de la vida y la filosofía contradictoria de Nietzsche, tienen sus remotos orígenes allá en los Atlantes, cuyas huellas espirituales se encuentran en las leyendas islandesas del mito del sol, que nace y renace sin cesar. Esta misma religión vuelve a surgir —a ojos de Rosenberg— en la India brahamánica y se aniquila en el budismo que surge de las razas inferiores conquistadas; emerge, nuevamente, el mismo sentimiento religioso en Persia, el Ahura Mazda de Zoroastro, el Dios de la Luz, es "el protector de la raza aria" que lucha contra el principio de las tinieblas por la conquista del mundo y, por último reaparece en Grecia cuyo pensamiento está dominado por Apolo, Zeus, el Padre Celeste y Palas Atenea, "todos signos de inmensa y de la más pura alegría".

En la religión de los viejos germanos "supersticiosos como ningún otro pueblo" (2) como observa Tácito, viven las mismas creencias: culto a la naturaleza, adoración a los astros y a dioses guerreros hechos a imagen del hombre. Subsiste siempre el mismo motivo oculto a través de las formas más variadas y el hombre ligado a la tierra como fuente de vida y de perpetuo renacimiento.

Las cualidades de la tierra se reproducen en la sangre de los hombres que la habitan y se elevan hasta el plano de la conciencia, escribe Rosenberg; el mito de la sangre contiene la creencia de que protegiendo la sangre se protege el ser divino del hombre. La creencia está formada por el más claro conocimiento: la sangre nórdica representa el misterio que ha reemplazado a los antiguos sacramentos después de vencerlos".

Otro sentido tienen esas "creencias desprovistas de sangre de las razas semíticas" entre las cuales se encuentra, según Rosenberg, la fé cristiana cuyo "pesimismo" simbolizado por Cristo en la Cruz ha llenado de tristeza al alma germana y cuyos dogmas, profecías y misterios —la creencia femenina en la Madre de Dios— son tan opuestos al espíritu ario.

"El cristianismo llegó, continúa el autor de "El Mito del Siglo XX", al imperio romano en descomposición y sin raza llevando consigo un concepto que explica su victoria: el estado de pecado del hombre". "Los esclavos romanos, los pueblos asiáticos subyugados esperaban un salvador: este fué Cristo. Así ingresó a Europa una religión unida a una mentalidad de esclavos, sostenida por la gran personalidad de Jesús falsamente pretendida divina".

El cristianismo separó al hombre ario de las fuentes religiosas de su raza y le hizo caer en la contemplación intelectual y mágica del mundo o en un individualismo sin ser, agrega Rosenberg.

Es preciso que surja un mito nuevo que reemplace a ese cristianismo que, según Rosenberg, es negativo; un sentimiento que desaloje de la conciencia de millones de hombres "el nihilismo que duda y haga renacer en ellos una tendencia de comunidad —religare significa reunir— un renacimiento de valores de voluntad originales y siempre nuevos que un futuro genio eleve a la categoría

---

(2).—Tácito "Costumbres de los Germanos".

de una religión pura; pero el deber de cada cual es crear representaciones visibles, de la misma manera, desde ahora”.

¿Cuál es la actitud del hombre tan unido a la vida que se siente arrastrado por esa corriente perpetua y sin ninguna esperanza? No pretende alcanzar lo inalcanzable —porque no existe algo inalcanzable fuera de la vida— ni ahogar su existencia en la nada. Solamente le queda la lucha, la acción es su único mandamiento y sólo a través del combate obedece a su destino.

Ernst Juenger nos dice, por eso, que “batirse, ofrecer la vida, así sea por la causa más desnuda de valor, tiene más mérito que discutir sobre el bien y sobre el mal”. Nórdico es en esto, escribe Rosenberg, el dualismo de Zoroastro y no es otro el sentido de las antiguas religiones germanas fundadas en una independencia interior que traduce esa filosofía del mundo hecha a base de un puro sentimiento religioso.

Pero el hombre —dentro del devenir— es impotente para cambiar el curso de la vida. Se considera ligado a su destino por la raza y por la sangre y tan profundamente unido a las fuentes mismas de la existencia, que no debe tener con respecto a esta una concepción optimista, síntoma de superficialidad, ni adoptar un criterio pesimista símbolo de decadencia; sólo cabe el “optimismo trágico” ese vivir peligrosamente, que es la actitud que busca “amplitud e intensidad de experiencia aún al precio del infortunio y se complace en descubrir que la lucha es el sentido de la vida” (3).

El individuo tan arraigado en el mundo no puede contemplar la dirección de su existencia. Las Nornas germanas son tan ciegas como las Parcas griegas. La antigua leyenda, cita Rosenberg, cuenta que “los hijos del rey de Nordland, Hamdir y Goerli, enviados por su madre, galopan hacia el sur, a la Corte de Ermanerico, Rey de los Godos, para vengar la muerte de su hermana. Saben que galopan hacia la muerte, pero se sacrifican consciente y libremente en servicio del honor de su raza, combatiendo hasta derramar su última gota de sangre y las postreras palabras de Goerdi son: “Hemos combatido bien, eh aquí el cadáver de Goth; sobre el enemigo

(3).—J. Leguève “L’Allemagne et le christianisme”.

vencido como el águila sobre la rama; nuestro honor se ha salvado en el momento en que viene la muerte; nadie éntre en su reino sin que las Nornas lo hayan decretado" (4).

La libertad para el germano consiste justamente en esto: en reconocer el destino y de este hecho surge una actitud creadora que no es ni el renunciamiento búdico ni el fatalismo musulmán, ni de resignación cristiana: sino "un acto de desesperación que llena de un gozo inefable".

Esta obediencia voluntaria al destino es la raíz psicológica del honor que se ha materializado en las grandes acciones del hombre germano: la creación de la Hanza, la ascensión de Prusia, la constante expansión de Alemania.

Tan estrecha unión con la tierra, oculta con un espeso velo el reino de Dios en cuya contemplación radica la verdadera y única alegría; y despierta en el hombre una conciencia pesimista, muchas veces trágica; la vida es fugaz y por tanto inasequible y aunque para el hombre sea un mandamiento obedecer y dejarse llevar por esa corriente inevitable, siente desaparecer en él toda posibilidad de afirmación personal.

La tristeza está en la vida misma; dentro de ella —cuando no se mira más allá— late un fondo de dolor, estrechos horizontes encierran hombres y pueblos en un ambiente pesimista que en el romanticismo surge de un gran anhelo vital. Nietzsche glorifica a Schopenhauer como a su libertador y el apoloquista de la fuerza, el cantor de los himnos más cálidos a la vida, justifica la existencia del mundo solo como "fenómeno estético" ya que mejor —como reza la frase del grave Sileno— "habría sido no nacer, ser nada". Terrible paradoja; signo del espíritu de esa raza; de un lado: acción, vida, alegría báquica y del otro el destino, la negación, el dolor. Por eso también es pesimista la interpretación de la historia de Oswald Spengler: el mundo occidental marcha hacia su fin, no cabe sino una posición desesperada de obediencia.

Así aparecen todas las doctrinas formuladas por los pensadores alemanes como "reacciones biológicas erigidas en sistemas del mundo" (5) y entre esta filosofía y la de oriente, como lo hace no-

---

(4).—Id., id.

(5).—H. Massis "La defensa de occidente".

tar, Henri Massis, existe un íntimo parentesco: el pesimismo de Schopenhauer, el idealismo de Kant, el panteísmo de Spinoza, el nihilismo de Stirner, aparecieron muchos siglos antes en los Upanishads, en Lao-Tseu, en los Madhyamikas y en el Dignana.

El hombre, como producto del mundo material, no tiene sino que seguir los dictados de la vida, fuerza ciega e impetuosa que le empuja por un camino fatal. Potencia oscura e irreductible a la razón. Lutero irracionalista es el padre de la nueva cultura germana; Kant extinguió las últimas luces del "Aufklaerung" y Nietzsche fustigó tanto a ese tipo de hombre teórico que Sócrates encarna en la antigua Grecia.

Los vínculos de la raza y de la sangre son los lazos más débiles que ligan a los hombres sólo en el plano vital, mientras que el pensamiento desborda sus límites y cada espíritu se siente un mundo dentro del mundo. No olvidemos que Leibnitz, que imaginó el universo como un sistema de mónadas independientes y con ventanas cerradas hacia el exterior, fué también alemán.

Típico representante de este individualismo es Lutero. La revuelta contra la forma temporal del cristianismo no fué sino simple apariencia del movimiento luterano que va más allá, a libertarse de los dogmas y del espíritu de la iglesia.

La libre interpretación de los textos sagrados y la libertad religiosa son las aspiraciones de esa fé que hace de la reforma el movimiento más subjetivista de todos los tiempos.

El ser interior de cada cual goza de la más absoluta autonomía, puede recogerse sobre sí mismo y llegar hasta un Dios inmenso al que es inútil atribuir forma alguna. "En tanto que creyente, el hombre obra en el reino invisible de la gracia" como ciudadano es miembro de esa estrecha comunidad nacional, de su ciudad o de su comarca alemana. Así satisface el luteranismo dos tendencias opuestas: individualismo anárquico y nacionalismo estrecho; y Lutero se convierte en el más auténtico servidor de su pueblo. Chamberlain pone en sus labios estas frases: "Yo he nacido para mis alemanes y a ellos es a quienes quiero servir", y Lutero cumplió su promesa.

La lógica individualista de Nietzsche, otro de los precursores de la actual ideología racista, es inflexible y dura cuando ataca al

cristianismo. En cada cual la vida es el valor supremo y el individualismo el único medio de superación. Zarathustra, el héroe, huye a la cumbre de la montaña, se aparta de las multitudes y de las llanuras porque vapores corrompidos surgen de los pantanos. El individuo fuerte y noble por sobre todas las cosas se dirige contra la religión de los esclavos, de esos "predicadores de la muerte", contra los filisteos representantes de esa ciencia que "vuelve a los hombres semejantes a esqueletos que agitan sus propios huesos", contra la vida contemplativa "producto de una existencia malsana", contra "la falsa consolación de la caridad" y por último hasta contra la misma idea de progreso falsa como toda idea moderna (6).

Sin embargo, —de nuevo la contradicción— este individualista furioso, este demoleedor implacable es el "buen europeo", el poeta de las glorias de su raza, el admirador de sus victorias que se extasia ante su música auténtica o ante sus obras de arte.

Houston Stewart Chamberlain, autor de la obra titulada "Los fundamentos del siglo XIX" que tanta influencia ha tenido sobre quienes han ideado el "nuevo mito" se muestra irreconciliable enemigo de la Iglesia en defensa del individualismo de su estirpe.

El hombre alemán —celta y eslavo— es el más religioso de todos los hombres, afirma Chamberlain, pero, agrega, "toda nuestra cultura germánica sufre la falta de una auténtica religión, hemos ahogado sus verdaderas fuentes para volvernos esclavos de las aguas pobres que los beduinos del desierto arrojan de sus pozos". El cristianismo ha sido nocivo para Alemania, dice. El alma germana es dinámica, necesita de un perpetuo cambio para desenvolver sus posibilidades y la Iglesia ha tendido a detenerla o a petrificarla. Es necesario recurrir a la palabra de Cristo sin necesidad de intermediarios: "El reino de Dios está en nosotros mismos".

Ni el universalismo romano ni el individualismo de Lutero o de Kant, sino la raza como fundamento de la religión constituye el credo de Chamberlain. Los germanos son los más libres de todos los hombres, ha escrito: "Borremos de nuestra historia la aparición de Cristo... entonces moriremos dentro de una nueva y armoniosa cultura, incomparablemente más bella que toda cultura de los tiempos pasados". Quizá es necesario para aquella cultura, volver al cristianismo, pero no por la iglesia ni siquiera por el Evan-

(6).—Federico Nietzsche "El anticristo".

---

gelio, sino con ayuda de una "intuición inmediata", no a esa religión del Cristo crucificado sino del Cristo viviente "combativo y heroico", tan de acuerdo con los motivos más profundos del alma alemana: la inquietud sin término y la lucha.

---

Estrechamente ligado al cosmos viviente el hombre obedece a un ciego destino; unido a la tierra por el vínculo de la sangre, hace de la vida una finalidad en sí misma y dentro de la vida lo que más interesa no es "cómo se conserva el hombre" sino "cómo será superado el hombre". "El superhombre es lo que más me preocupa, exclama Nietzsche; él es para mí lo primero y lo único y no el hombre, no el prójimo, no el más pobre, no el más afligido, no el mejor" (7).

Dentro de ese torrente siempre renovado del existir, el individuo no es una meta sino un "puente" que une él ahora con el más allá, que vive solamente para que algún día el mundo llegue a ser del héroe o del triunfador. Para esta concepción lo primario es el instinto, la tendencia y la validez de los valores dependen de ellos.

La naturaleza, escribe Nietzsche, es cruel con el superhombre. protege a los mediocres, aquel sólo puede subsistir gracias a una cuidadosa eugenesia y a una educación ennoblecedora. Tenemos la obligación de preparar el advenimiento de los grandes y de convertirnos en servidores de ellos y la grandeza no proviene del espíritu ni de la inteligencia por sí sola, emana de la sangre.

Feminismo, democracia, socialismo, son ideas corruptoras y disolventes para el cantor de Zarathustra. Sólo la "locura de la impotencia" hace predicar la igualdad. La naturaleza quiere las diferencias, las razas, las especies, en una palabra, la desigualdad, y el auténtico representante de la vida es el más fuerte y por tanto es el "mejor", el superhombre que tiene sus razones secretas y que por lo tanto no pertenece a la multitud.

---

El reformador Lutero atribuye al ser interior del hombre la más absoluta libertad: gracias a él puede llegar hasta el principio absoluto, fuente del Supremo Bien. Sobre la tierra ya no es necesario

---

(7).—Federico Nietzsche "Así hablaba Zarathustra".

discernir el bien del mal, ambos quedan a disposición de los dirigentes de los superhombres, a ellos deben sentirse atados los demás por los lazos irrompibles y fatales del destino.

Placer, interés, felicidad, sentimiento y razón constituyen los criterios para una conducta éticamente dirigida; Nietzsche, nos dice que el fundamento de toda acción moral debe encontrarse en la vida. Por eso caridad, altruismo, espíritu de sacrificio son "virtudes de esclavos". Bueno significa "poderoso", "bravo", "belicoso", y así lo entienden los nobles, las clases elevadas y quiere decir: familiar, pacífico, bondadoso, en una palabra, "inofensivo", para los débiles.

La fuerza es, pues, el criterio más alto de la moralidad. ¿Qué es el bien?, según esta ética. Nietzsche responde: "todo lo que exalta el libre sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo". ¿Qué es el mal?... "Todo lo que hunde sus raíces en la debilidad". ¿Qué es la felicidad? "El sentimiento de que el poder aumenta, de que ha sido vencida la resistencia. No la resignación sino el poder, no la paz sino la guerra, no la virtud sino el valor..." (8). Una buena guerra justifica las causas más malas.

La vida es el fundamento objetivo de la moral; el dirigente debe señalar las normas y deberes. "El individuo tiene un derecho sagrado que es al mismo tiempo el más santo de sus deberes: velar porque su sangre permanezca pura" proclama Rosenberg (9) y las confesiones religiosas y los sistemas de moral sólo pueden subsistir si no se oponen a las costumbres y "al sentido moral de la raza germánica" (10) y siendo la vida el grado supremo en la escala de valores, el interés general debe primar sobre el interés individual y todas las formas de la cultura, incluso la religión, y aún la existencia de los mismos individuos, deben ponerse al servicio de los intereses colectivos que se expresan por órgano de los dirigentes políticos.

Sólo así se logrará conseguir el advenimiento que esa "raza excelsa en grado superlativo, apoyada en todas las fuerzas del planeta, asuma la dirección del mundo" (11).

(8).—Federico Nietzsche "El anticristo".

(9).—Alfredo Rosenberg, "El Mito del siglo XX".

(10).—Art. 24 del Programa oficial del partido adoptado en 1920.

(11).—Hitler, ob. cit.

Tal es en síntesis la concepción racista del mundo: el universo elevado a la categoría de Dios y el hombre, simple eslabón en la cadena de la vida, puesto al servicio de los ideales de raza y de sangre, criterios únicos del bien y del mal, desvanecida toda trascendencia, la libertad reducida a ciego acatamiento del destino y de la voluntad de los dirigentes; y, entronizada, como ley suprema, la lucha egoísta y brutal.

---

Para el cristiano otro es el lugar del hombre en el mundo.

Con respecto a la concepción del cosmos, nadie puede negar que el universo ofrece al hombre un espectáculo siempre variado y cambiante, el mundo inorgánico sujeto al plan de sus perpetuas combinaciones, la vida que se agita a través de todos los organismos, planta, animal y hombre, y el torrente de lo psíquico desbordándose en continuo fluir. Todo movimiento, razona Aristóteles, expresa una aspiración, un anhelo; es la tendencia hacia algo que no se posee, la dirección de lo imperfecto en pos de alguna perfección, de un bien, porque de lo contrario sería movimiento sin fin, sin objetivo, sin sentido y el mundo un caos.

El final de toda acción, de toda aspiración y de todo amor es Dios, sin él no se explica "ni el grano de polvo, ni el espíritu humano, ni el individuo ni el orden social, ni el ser, ni el obrar" (12). Todas las cosas tienden a Dios que es la perfección misma, que realiza la plenitud del ser, que es el que es, como canta el Antiguo Testamento, principio y fin de lo creado.

Todo refleja a Dios de una manera imperfecta porque todo es causado por El; en el ser y en el actuar, aspirando a su propia perfección, todo ser quiere acercarse a Dios, pero nada, ni parcial ni totalmente se confunde con Dios. Es el más grave absurdo —dice Santo Tomás— identificar lo imperfecto anhelante siempre de un bien con la Perfección Inmóvil. Ni el cambio mismo ni ese "eterno retorno" pueden ser elevados a la categoría de causas finales y eficientes de todo movimiento cuya explicación se halla en último término en el gran motor inmóvil del mundo.

Dios no cambia porque dejaría de ser el mismo, Dios no es corporal porque si lo fuera estaría sometido a la acción de los otros

---

(12).—Bruyne "Saint Thomas d' Aquin".

cuerpos; Dios es el creador del mundo pero no entre en la composición de éste, es causa de todo pero no la materia ni el elemento formal del universo, del cual no tiene necesidad ni para conocer ni para existir; Dios es sustancialmente distinto de la creación: es el gran "Separado".

Para la metafísica cristiana Dios no se identifica ni con el universo, ni con su esencia, ni con su actividad. Todas las cosas llevan algo del ser, pero ni separadamente ni sumadas constituyen la plenitud del ser que contiene todas las perfecciones reales y posibles. Tampoco Dios se resuelve en el movimiento que tiene lugar en el mundo que busca por conocimiento y por amor a lo que es su origen primero y su última aspiración.

El universo como objeto creado lleva un principio gracias al cual es, junto con su propia limitación que le impide realizar la plenitud del ser. Los escolásticos denominan existencia y esencia a estos dos aspectos que en Dios están tan sustancialmente unidos porque su esencia es existir.

El movimiento en el mundo, como cambio, es la tendencia de la imperfección a la perfección, el paso de la potencia al acto, de lo que aún no es a lo que ya es, como explica la escolástica tan fecunda y tan sugerente. Dios que no cambia, que permanece el mismo desde el comienzo de los tiempos hasta el fin del universo, es acto puro, sin sombra de potencia.

La concepción panteísta del racismo que tanto se aparta de la verdadera metafísica, ha llegado a incalificables absurdos: el mundo eterno como Dios, la vida del individuo un momento de la divinidad misma; confundidos todos los contrarios: el bien y el mal, la justicia y el pecado y extinguida la libertad de la persona humana que sin ella desciende a la calidad de simple unidad material.

---

Privilegiada es la posición del hombre en el universo de los seres creados.

Mientras la planta y el animal viven al servicio de sus necesidades y de las necesidades de su especie y construyen su mundo en función de su propia utilidad, el espíritu humano —inteligencia y voluntad— tiende hacia los valores más elevados.

La inteligencia del hombre que no se satisface jamás, busca la verdad absoluta y para la voluntad y el amor, no bastan los bienes útiles y deleitables; quieren el Bien Supremo, el Sumo Bien, que es al mismo tiempo la más pura verdad; sólo en él descansa su inquietud.

En esta incesante persecución de bienes espirituales, el hombre se siente desprendido del mundo de sus necesidades materiales y de las cosas y adopta frente a estas una posición especial, ve siempre más allá, penetra en el reino intemporal de las esencias, inmateraliza para conocer y para querer lo que no es inmaterial.

La libertad humana se sacude de las sollicitaciones de la vida y en lucha, a veces penosa, contra tendencias y contra apetitos, persigue fines superiores. Por último, la conciencia del hombre que se refleja sobre sí misma se vuelve consciente de su propia operación, se examina, es pensamiento del pensamiento y centro de responsabilidad.

Tales son las manifestaciones del espíritu; las expresiones de esa alma sustancial, forma del cuerpo, que especifica al hombre.

La actividad superior constituye un criterio de distinción para todo grupo de seres: el alma vegetativa da a los elementos inorgánicos que constituyen el vegetal la contextura de un organismo viviente; la sensibilidad permite al animal elevarse sobre el vegetal y el alma racional que realiza operaciones espirituales, gracias a la inteligencia y a la voluntad que buscan la verdad absoluta y el sumo bien, eleva al hombre sobre la esfera animal.

En otros términos: la materia prima es el elemento común en todos los seres creados: el vegetal es vegetal porque alienta una alma vegetativa, el animal es animal porque tiene una alma sensitiva y el hombre es hombre porque el alma racional constituye el principio formal de su cuerpo que es materia.

Las llamadas razas no son sino aspectos externos a través de los cuales se manifiesta una misma esencia: el alma humana, forma del cuerpo, que especifica a todos los hombres. No existe, pues, distinción sustancial entre éstos, las diferencias originadas por las formas de vida son sólo accidentales, la raza, tan discutida, por otra parte, no puede erigirse en criterio de distinción. Consecuente con sus ideas, Gobinau, para defender el racismo admitía que el hombre de color fué creado por Dios el mismo día que los animales y que el blanco pertenece al último instante de la creación.

La comunidad de esencia es la base de la comunidad del destino humano y sólo en ella se pueden fundar los ideales de una vida cada vez mejor. La existencia material como supremo valor ha engendrado una "moral" de lucha por el predominio de una raza, de un pueblo o de un grupo, tan primitiva y tan cruel y sólo de esta concepción del mundo ha podido surgir ese individualismo, muchas veces diluido dentro de falsos conceptos de disciplina y de honor.

El superhombre, tal como Nietzsche lo entiende, no puede ser tampoco el ideal de la humanidad; ni el altruismo ni la caridad son síntomas de pobreza y de decadencia. "El amor, el sacrificarse de esta forma, escribe M. Scheler, refiriéndose a las virtudes cristianas, nace de la interior seguridad y de la plenitud vital. Y cuanto más honda y céntrica sea no sólo esa seguridad vital, sino aquella otra seguridad y felicidad, aquel saberse seguro en el castillo del último ser mismo (...) tanto más puede el hombre ver con casi juguetona indiferencia, su "destino" en esas zonas periféricas de la existencia donde hay aún "dicha" y "desgracia", "agrado" y "desagrado", "placer" y "dolor" (13).

El psicólogo Adler ha demostrado que las neurosis se deben a ese "sentiment d' incompletion", a complejos de inferioridad, que se expresan en aparentes alardes de fuerza pero que no tiene nada de la seguridad y del alcance de la verdadera fuerza que erigida en ideal de vida terminaría en el caos y en la disolución.

Para el cristiano la felicidad se halla en el centro del alma; la actitud pesimista está reñida con el espíritu que debe aspirar continuamente a la perfección, y la historia no es solamente esa lucha ciega de la vida contra un destino implacable; se expresa en ella algo más: ese anhelo de eternidad que existe en todos los hombres y en todos los pueblos.

La sociedad define también otra posición del hombre que no es un fragmento de la vida sujeto a la voluntad de los conductores; persona humana ante todo, el hombre trata de colmar las aspiraciones de su inteligencia y de su voluntad ya que "más vale la obediencia a Dios que a los hombres".

Mario ALZAMORA VALDEZ.

---

(13).—Max Scheler "El resentimiento en la moral".